Memoria del fuego 2. Las caras y las máscaras. Eduardo Galeano. Ilustrado por Luis Felipe Noé

1795
Quito

Espejo

Pasó por la historia cortando y creando.
Escribió las más afiladas palabras contra el régimen colonial y sus métodos de educación, *una educación de esclavos,* y destripó el ampuloso estilo de los retóricos de Quito. Clavó sus diatribas en puertas de iglesias y esquinas principales, para que se multiplicaran después, de boca en boca, porque *escribiendo de anónimo podía muy bien quitar la máscara a los falsos sabios y hacer que parecieran en el traje de su verdadera y natural ignorancia.*
Predicó el gobierno de América por los nacidos en ella. Propuso que el grito de independencia resonara, a la vez, en todos los virreinatos y audiencias, y que se unieran las colonias, para hacerse patrias, bajo gobiernos democráticos y republicanos.
Era hijo de indio. Recibió al nacer el nombre de Chusig, que significa *lechuza.* Para tener título de médico, decidió llamarse Francisco Javier Eugenio de Santa Cruz y Espejo, nombre que suena a linaje largo, y así pudo practicar y difundir sus descubrimientos contra la viruela y otras pestes.
Fundó, dirigió y escribió de cabo a rabo *Primicias de la Cultura,* el primer periódico de Quito. Fue director de la biblioteca pública. Jamás le pagaron el sueldo.
Acusado de crímenes contra el rey y contra Dios, Espejo fue encerrado en celda inmunda. Allí murió, de cárcel; y con el último aliento suplicó el perdón de sus acreedores.
La ciudad de Quito no registra en el libro de gentes principales el fin de este precursor de la independencia hispanoamericana, que ha sido el más brillante de sus hijos.

Así se burlaba Espejo de la oratoria de estos tiempos

Despido las auras volátiles del aliento; pierdo las pulsáticas oscilaciones de la vida, cuando oigo estas fulgurosas incomprensibilidades de los retóricos conceptos. ¡Qué deliciosa fruición no es oír a los cisnes canoros de la oradora cancionante palabra, gorgoreando con gutural sonoridad, trinar endechas en sus dulces sílabas! ¡Qué intervalos sápidos de gloriado contento no percibe el alma a los ecos armoniosos de sus fatídicas descripciones!

1795
Montego Bay

Instrumentos de guerra

Bien merecido tienen su prestigio los perros cubanos. Con ellos los franceses han cazado a muchos negros fugitivos en las montañas de Haití y unos pocos perros cubanos han bastado para derrotar a los indios misquitos, que habían aniquilado tres regimientos españoles en las costas de Nicaragua.
Los terratenientes ingleses de Jamaica envían a Cuba al coronel William Dawes Quarrell, en busca de perros. Así lo exigen, dice la asamblea, la seguridad de la isla y las vidas de sus habitantes. Los perros son instrumentos de guerra. ¿Acaso los asiáticos no emplean elefantes en sus batallas? Las más civilizadas y pulidas naciones de Europa, razonan los plantadores ingleses, persiguen a caballo a la infantería enemiga. ¿Por qué no rastrear con perros las guaridas de los esclavos cimarrones, siendo los negros más salvajes que los perros?
El coronel Quarrell consigue en Cuba lo que busca, gracias a los buenos oficios de doña María Ignacia de Contreras y Jústiz, marquesa de San Felipe y Santiago, condesa del Castillo y dueña y señora del Bejucal. Hombres y perros embarcan a bordo de la goleta *Mercury.*
Brumas del crepúsculo en la bahía de Montego. Las fieras llegan a Jamaica. Se vacían en un santiamén las calles, se cierran las puertas a cal y canto. Cuarenta rancheadores cubanos forman fila a la luz de las antorchas. Cada uno lleva tres perros enormes, atados a la cintura por tirantes cadenas.



1795
La Habana

¿Imaginó el rebelde de Galilea que sería mayoral de esclavos?

En las plantaciones cubanas de azúcar, los esclavos no sufren desamparo. El amo los redime por el trabajo y les abrevia la estancia en este valle de lágrimas; y los frailes los salvan del infierno. La Iglesia recibe el cinco por ciento de la producción de azúcar por enseñar a los esclavos que Dios los ha hecho esclavos, que esclavo es el cuerpo pero libre el alma, que el alma pura es como el azúcar blanca, limpiada de raspadura en el purgatorio, y que Jesucristo es el gran mayoral que vigila, apunta méritos, castiga y recompensa.

A veces Jesucristo no sólo es el mayoral, sino el amo en persona. El conde de Casa Bayona lavó los pies de doce negros, una noche de Jueves Santo, y los sentó a su mesa y compartió con ellos su cena. Los esclavos le expresaron su gratitud incendiándole el ingenio, y hubo doce cabezas clavadas, ante los campos de caña, en hilera de lanzas.

1796
Ouro Preto

El Aleijadinho

El Aleijadinho, *el Tullidito,* creador de plenitudes, talla con el muñón. Es de una fealdad espeluznante el escultor de las más altas hermosuras en la región minera del Brasil. Por no servir a señor tan horroroso, quiso suicidarse uno de los esclavos que compró. La enfermedad, lepra o sífilis o misteriosa maldición, lo va devorando a mordiscones. Por cada pedazo de carne que la enfermedad le arranca, él entrega al mundo nuevas maravillas de madera o piedra.

En Congonhas do Campo lo están esperando. ¿Podrá llegar hasta allí? ¿Le quedarán fuerzas para tallar los doce profetas y alzarlos contra el cielo azulísimo? ¿Bailarán su atormentada danza de animales heridos los profetas anunciadores del amor y de la cólera de Dios?

Nadie cree que le quede vida para tanto. Los esclavos lo cargan por las calles de Ouro Preto, siempre escondido bajo la capucha, y le atan el cincel al resto de la mano. Sólo ellos ven los despojos de su cara y de su cuerpo. Sólo ellos se arriman a este esperpento. Antônio Francisco Lisboa, el Aleijadinho, se va rompiendo; y ningún niño sueña que lo pega con saliva.



1796
Mariana

Ataíde

Manuel da Costa Ataíde aplica oro y colores a las figuras que el Aleijadinho talla en madera. Y es pintor de fama propia. En las iglesias, Ataíde crea cielos de esta tierra: usando tintas de flores y plantas pinta a la Virgen con la cara de Maria do Carmo, mujer aquí nacida, madona morena de la que brotan el sol y las estrellas, y pinta angelitos músicos y cantores con párpados y labios bien carnosos, pelo motudo y ojos de asombro o picardía: los ángeles mulatos son sus hijos y la Virgen la madre de sus hijos.
En la iglesia de San Francisco, en Mariana, tiene rasgos africanos el santo del pueblo de Asís que convertía a los lobos en corderos. Viven junto a él las santas blancas, con pelo de verdad y caras de locas.

1796
San Salvador de Bahía

Noche y nieve

La amante mulata ofrece fiesta sexual y la esposa blanca, prestigio social. Para alcanzar esposa blanca, el mulato necesita blanquearse. Si tiene mucho dinero, compra algún documento que borra el estigma de la abuela esclava y le permite llevar espada y sombrero, botines de piel y parasol de seda. También se hace pintar un retrato que los nietos podrán lucir sin rubor en la sala. Al Brasil han llegado artistas capaces de dar cara europea a cualquier modelo de los trópicos. Marcos dorados, en forma de óvalo, rodean el rostro del patriarca, hombre de piel rosada y lacios cabellos y mirada grave y vigilante.



1796
Caracas

Se compra piel blanca

La corona española ya no considera vil el linaje indio; la sangre negra, en cambio, *oscurece los nacimientos* por muchas generaciones. Los mulatos ricos pueden comprar certificados de blancura pagando quinientas monedas de plata.

Por quitarle el borrón que le aflige en extremo, el rey declara *blanco* a Diego Mejías Bejarano, mulato de Caracas, *para que su calidad triste e inferior no le sea óbice al uso, trato, alternativa y vestido con los demás sujetos.*

En Caracas, sólo los blancos pueden escuchar misa en la catedral y arrodillarse sobre alfombras en cualquier iglesia. *Mantuanos* se llaman los que mandan, porque la mantilla es privilegio de las blancas damas. Ningún mulato puede ser sacerdote ni doctor.

Mejías Bejarano ha pagado las quinientas monedas, pero las autoridades locales se niegan a obeceder. Un tío de Simón Bolívar y los demás *mantuanos* del Cabildo declaran que la cédula real *es espantosa a los vecinos y naturales de América.* El Cabildo pregunta al rey: *¿Cómo es posible que los vecinos y naturales blancos de esta provincia admitan a su lado a un mulato descendiente de sus propios esclavos, o de los esclavos de sus padres?*

1796
San Mateo

Simón Rodríguez

Orejas de ratón, nariz de borbón, boca de buzón. Una borla roja cuelga, en hilachas, del gorro que tapa la temprana calva. Los anteojos, calzados por encima de las cejas, rara vez ayudan a los ojos azules, ávidos y voladores. Simón Carreño, Rodríguez por nombre elegido, deambula predicando rarezas.

Sostiene este lector de Rousseau que las escuelas deberían abrirse al pueblo, a las gentes de sangre mezclada; que niñas y niños tendrían que compartir las aulas y que más útil al país sería crear albañiles, herreros y carpinteros que caballeros y frailes.

Simón el maestro y Simón el alumno. Veinticinco años tiene Simón Rodrí-

guez y trece Simón Bolívar, el huérfano más rico de Venezuela, heredero de mansiones y plantaciones, dueño de mil esclavos negros.

Lejos de Caracas, el preceptor inicia al muchacho en los secretos del universo y le habla de libertad, igualdad, fraternidad; le descubre la dura vida de los esclavos que trabajan para él y le cuenta que la nomeolvides también se llama *Myosotis palustris.* Le muestra cómo nace el potrillo del vientre de la yegua y cómo cumplen sus ciclos el cacao y el café. Bolívar se hace nadador, caminador y jinete; aprende a sembrar, a construir una silla y a nombrar las estrellas del cielo de Aragua. Maestro y alumno atraviesan Venezuela, acampando donde sea, y conocen juntos la tierra que los hizo. A la luz de un farol, leen y discuten *Robinsón Crusoe* y las *Vidas* de Plutarco.



1797
La Guaira

El compás y la escuadra

Por fuga del maestro, se interrumpe la educación de Bolívar. Simón Rodríguez, sospechoso de conspiración contra el rey, pasa a llamarse Simón Robinsón. Desde el puerto de La Guaira, navega hacia Jamaica, hacia el exilio.
Los conjurados querían una América independiente y republicana, sin tributo indígena ni esclavitud negra, libre del rey y del papa, donde las gentes de todas las razas serían hermanas en la razón y en Jesucristo.
Masones criollos, de la logia que Francisco de Miranda ha fundado en Londres, encabezaban el movimiento. Se acusa también a tres masones españoles, desterrados en Caracas, y se dice que en la conspiración había franceses sabios en revoluciones y guillotinas. Los allanamientos descubrieron más libros prohibidos que armas peligrosas.
En la Plaza Mayor de Caracas, descuartizan a España. A José María de España, jefe de la conjura.

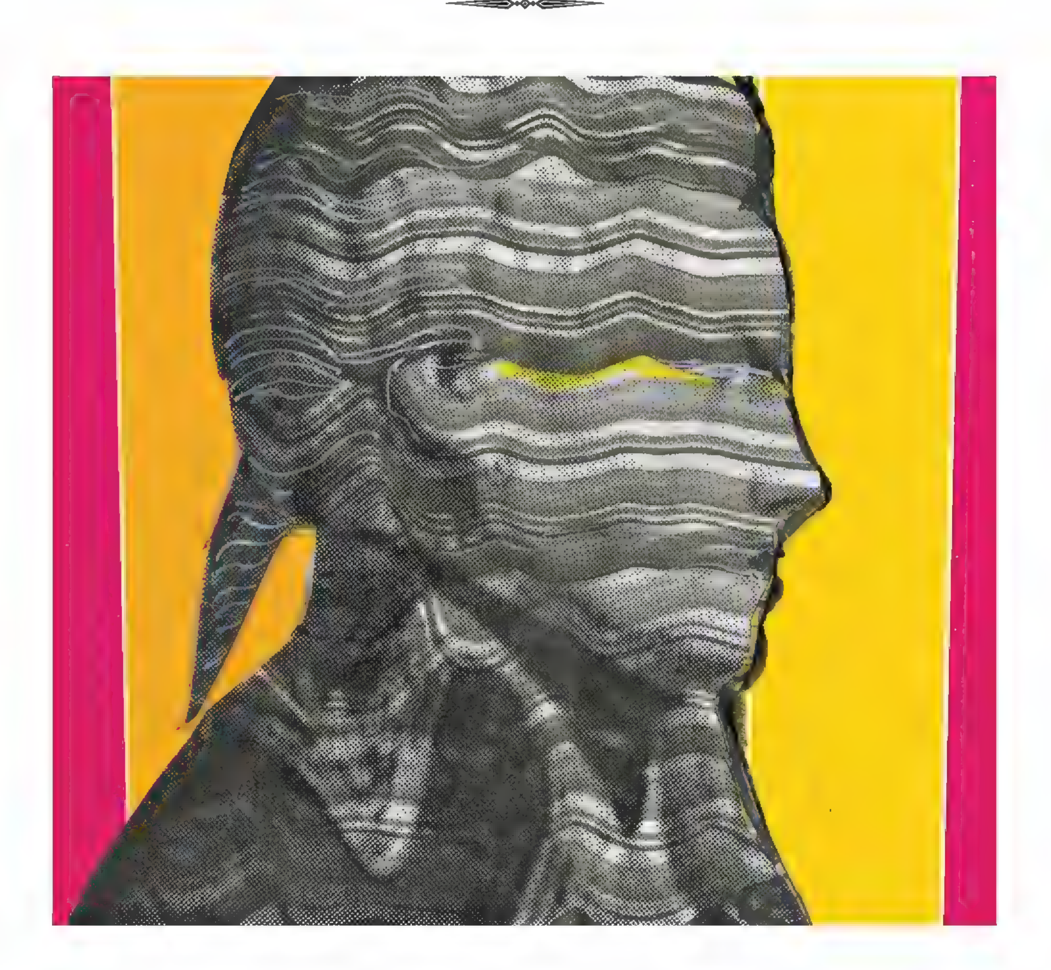
1799
Londres

Miranda

Hace casi treinta años que Francisco de Miranda salió de Venezuela. En España fue guerrero victorioso. Se hizo masón en Cádiz y se lanzó a recorrer Europa en busca de armas y dinero para la independencia de América. Sobre alfombra mágica ha viajado de corte en corte, llevando por todo equipaje una flauta, un falso título de conde y muchas cartas de presentación. Ha comido con reyes y ha dormido con reinas. En Francia, la revolución lo hizo general. El pueblo de París lo aclamó por héroe, pero Robespierre lo condenó por traidor; y por salvar la cabeza, Miranda volvió a Londres. Atravesó el canal de la Mancha con pasaporte falso, peluca y lentes de sol.
El jefe del gobierno inglés, William Pitt, lo recibe en su despacho. Hace llamar al general Abercromby y conversan los tres, mientras andan a gatas sobre inmensos mapas desplegados en el suelo:

MIRANDA *(hablando en inglés)*.–Quede claro que todo esto se hace por la independencia y libertad de aquellas provincias, sin lo cual... *(Mirando al te-*

cho, concluye la frase en castellano) ...sería una infamia.
ABERCROMBY *(asintiendo con la cabeza).*–Independencia y libertad.
MIRANDA.–Necesito cuatro mil hombres y seis buques de guerra. *(Señala el mapa con el dedo.)* Comenzaríamos atacando Caracas y...
PITT.–No lo toméis a mal, pero os hablaré francamente. Antes prefiero el opresivo gobierno de España que el abominable sistema de la Francia.
MIRANDA *(cierra los ojos y susurra en castellano).*–El enemigo de mi enemigo es mi amigo. El enemigo de mi enemigo es mi amigo. El enemigo...
PITT.–No quisiera empujar a los americanos a las calamidades de semejante revolución.
MIRANDA.–Interpreto y comparto vuestra inquietud, excelentísimo señor. Precisamente con ese fin solicito la alianza, para que en común luchemos contra los principios monstruosos de la libertad francesa. *(Vuelve al mapa.)* Caracas caerá sin dificultad...
ABERCROMBY.–¿Y si las gentes de color tomasen las armas? ¿Y si se alzaran con el mando, como en Haití?
MIRANDA.–En mi tierra, la bandera de la libertad está en manos de ilustres ciudadanos, de tan civilizadas costumbres que bien los hubiera deseado Platón para su república. *(Desliza la mano hacia la provincia de Santa Fe. Los tres clavan la mirada en el puerto de Cartagena.)*
ABERCROMBY.–Parece difícil.
MIRANDA.–Parece invulnerable. Pero conozco un punto que hace flaquísima esta plaza. En el flanco izquierdo de la muralla...



Miranda sueña con Catalina de Rusia

A veces, muy en la noche, Miranda vuelve a San Petersburgo y resucita a Catalina la Grande en sus aposentos íntimos del Palacio de Invierno. La infinita cola del manto de la emperatriz, que miles de pajes sostienen en vilo, es un túnel de seda recamada por donde corre Miranda hasta hundirse en un mar de encajes. Buscando el cuerpo que arde y espera, Miranda hace saltar broches de oro y guirnaldas de perlas y se abre paso entre las telas crujientes, pero más allá de la amplia falda abullonada le arañan los alambres del miriñaque. Consigue atravesar esta armadura y llega a la primera enagua y la desgarra de un tirón. Debajo encuentra otra, y luego otra y otra, muchas enaguas de raso nacarado, capas de cebolla que sus manos van arrancando cada vez con menos brío, y cuando a duras penas rompe la última enagua aparece el corsé, invulnerable bastión defendido por un ejército de cinchas y ganchitos y lacitos y botoncitos, mientras la augusta señora, carne jamás cansada, gime y suplica.

1799
Cumaná

Un par de sabios a lomo de mula

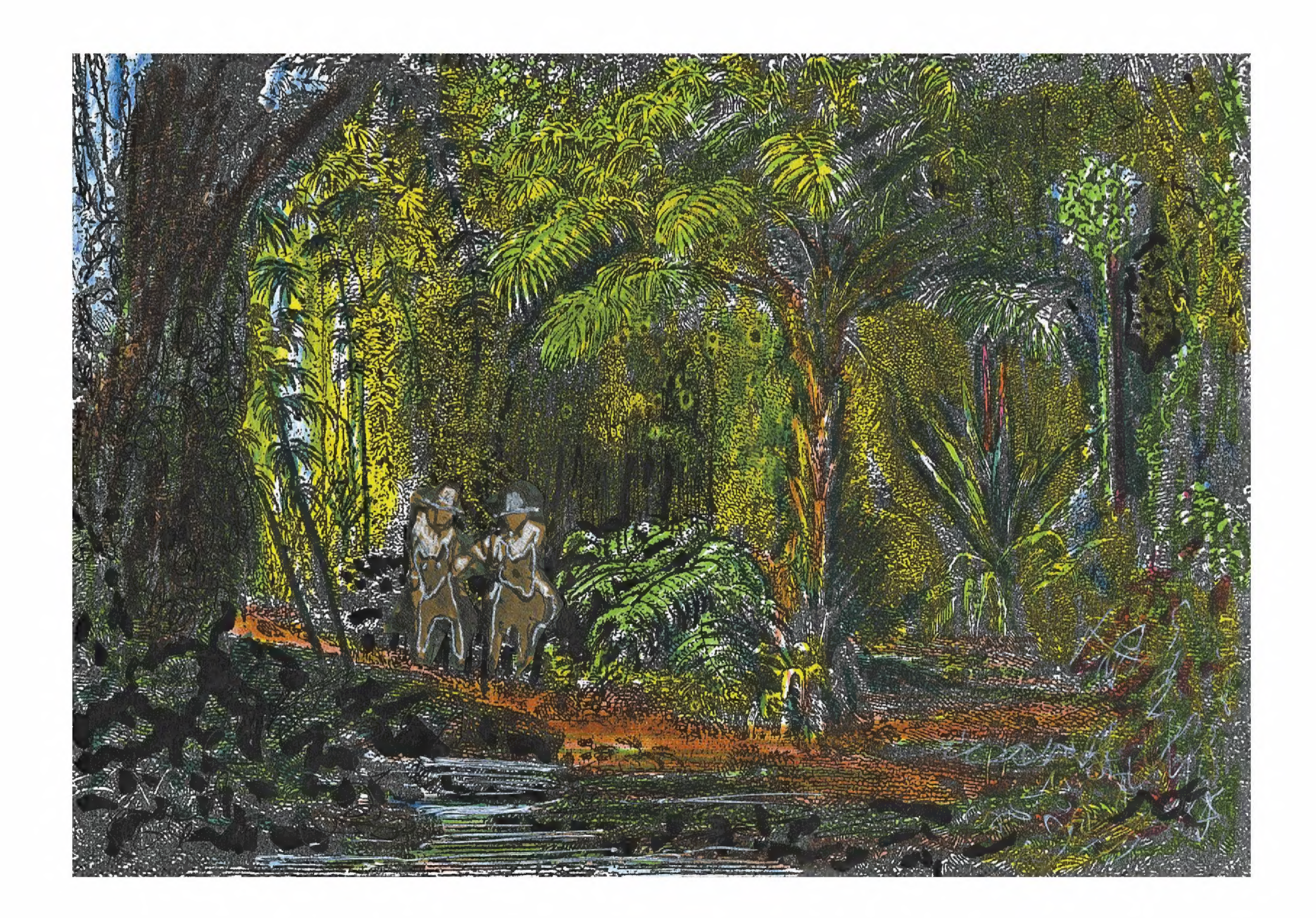
No cabe el Nuevo Mundo en los ojos de los dos europeos recién desembarcados en Cumaná. Fulgura el puerto sobre el río, incendiado de sol, casas de madera blanca o bambú junto al fortín de piedra, y más allá, verde mar, tierra verde, resplandece la bahía. Todo es nuevo de verdad, nunca usado, jamás visto: el plumaje de los flamencos y el pico de los pelícanos, los cocoteros de veinte metros y las inmensas flores de terciopelo, los troncos acolchados de lianas y hojarasca, la siesta eterna de los cocodrilos, los cangrejos celestes, amarillos, rojos... Hay indios durmiendo desnudos en la arena caliente y mulatas vestidas de muselina bordada que descalzas acarician lo que pisan. Aquí no hay árbol que no ofrezca el fruto prohibido desde el centro del perdido jardín.

Alexander von Humboldt y Aimé Bonpland alquilan una casa que da a la plaza principal, con una buena azotea para emplazar el telescopio. Desde esa azotea ven, mirando hacia arriba, un eclipse de sol y una lluvia de meteoros, el cielo en cólera escupiendo fuego durante toda una noche, y mi-

rando hacia abajo ven cómo los compradores de esclavos abren las bocas de los negros recién llegados al mercado de Cumaná. En esta casa sufren el primer terremoto de sus vidas y desde aquí salen a explorar la región: clasifican helechos y pájaros raros y buscan a Francisco Loyano, que dio de mamar a su hijo durante cinco meses y tuvo tetas y suave y dulce leche mientras duró la enfermedad de su mujer.

Después, Humboldt y Bonpland emprenden viaje hacia las tierras altas del sur. Cargan sus instrumentos: el sextante, la brújula, el termómetro, el higrómetro, el magnetómetro. También llevan papel para secar las flores, bisturíes para la autopsia de pájaros, peces y cangrejos; y tinta y pluma para dibujar sus asombros. A lomo de mula marchan, abrumados de equipaje, el alemán de galera negra y ojos azules y el francés de la lupa insaciable.

Las selvas y las montañas de América, perplejas, abren paso a estos dos locos.



1799
Montevideo

El Padre de los pobres

Francisco Antonio Maciel ha fundado el primer saladero de esta margen del Plata. Suya es, también, la fábrica de jabón y velas de sebo. Enciende velas de Maciel el farolero que anda por las calles de Montevideo, a la caída de la noche, antorcha en mano y escalera al hombro.
Cuando no anda recorriendo sus campos, Maciel revisa en el saladero las lonjas de tasajo que venderá a Cuba o al Brasil, o echa un vistazo, en los muelles, a los cueros que embarca. Suele acompañar a sus bergantines, que lucen nombres de santos, hasta más allá de la bahía. Los montevideanos lo llaman *el Padre de los pobres,* porque nunca le falta tiempo, y parece milagro, para dar socorro a los enfermos dejados de la mano de Dios, y a cualquier hora y en cualquier sitio el piadoso Maciel tiende el plato suplicando limosna para el hospital de la Caridad por él creado. Tampoco olvida visitar a los negros que pasan la cuarentena en las barracas de la boca del arroyo Miguelete. El fija personalmente el precio mínimo de cada uno de los esclavos que sus barcos traen desde Río de Janeiro o La Habana. Doscientos pesos fuertes valen los que tienen dentadura completa; cuatrocientos los que saben artes de albañil o carpintero. Maciel es el más importante de los comerciantes montevideanos especializados en el intercambio de carne de vaca por carne de gente.

1799
Guanajuato

Vida, pasión y negocio de la clase dominante

A lo largo del siglo que está muriendo, los dueños de las minas de Guanajuato y Zacatecas han comprado dieciséis títulos de alta nobleza. Diez mineros se han convertido en condes y seis en marqueses. Mientras ellos estrenaban abolengos y ensayaban pelucas, un nuevo código laboral transformaba a sus obreros en esclavos por deudas. Durante el siglo XVIII, Guanajuato ha multiplicado por ocho su producción de plata y oro.

Mientras tanto, la varita mágica del dinero tocó también a siete mercaderes de la ciudad de México, labradores venidos de las montañas del norte de España, y los hizo marqueses y condes.

Algunos mineros y mercaderes, ansiosos de prestigio aristocrático, compran tierras además de comprar títulos. Por todo México, las infinitas haciendas avanzan devorando el espacio tradicional de las comunidades indias.

Otros, en cambio, prefieren invertir en la usura. El prestamista José Antonio del Mazo, por ejemplo, arriesga poco y gana mucho. *El amigo Mazo,* escribe Francisco Alonso Terán, *es uno de los que más negocios hace en Guanajuato. Si Dios le da mucha vida, encerrará toda la ciudad en su panza.*



1799
Ciudad Real de Chiapas

Los tamemes

Don Agustín de las Quentas Zayas, gobernador de Chiapas, proyecta un nuevo camino desde el río Tulijá hasta Comitán, rumbo a Guatemala. Mil doscientos *tamemes* transportarán los materiales necesarios.
Los tamemes, mulas de dos piernas, son indios capaces de soportar hasta siete arrobas. Con cuerdas atadas a la frente, cargan sobre sus espaldas inmensos bultos o personas sentadas en sillón, y así atraviesan las altas montañas y bordean precipicios con un pie dentro de la vida y otro afuera.

1799
Madrid

Fernando Túpac Amaru

En la calle, alguien arranca gemidos a una guitarra.
Adentro, Fernando Túpac Amaru tiembla de fiebre y muere soñando que se saca nieve de la boca.
No alcanza a cumplir treinta años el hijo del gran caudillo del Perú. Pobre como rata, acaba en Madrid su breve vida de destierro y cárcel.
Hace veinte años, la lluvia violenta barrió la Plaza Mayor del Cuzco y desde entonces no ha cesado de llover en el mundo.
El médico dice que Fernando ha muerto de melancolía.

